

N. Gabriel Alferez Sirola,

HERMERO TECA PROVINCIAL

SOFIA MORENO GARRIDO

ALMERIA

La Voz de Dalías

PERIÓDICO INDEPENDIENTE

AÑO I NÚM. 4

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: CORTES, 4

Dalías 27 de Octubre de 1928

DE NUESTRAS EXCURSIONES

Persistiendo en el firme propósito de dejar a Dalías al margen de nuestro itinerario, aunque, tal vez antes de terminar la excursión emprendida, visitemos con el detenimiento necesario tan laboriosa y floreciente ciudad, proseguimos nuestro rápido viaje por la polvorienta carretera, dejando en pos la abigarrada urbe daliense y sus frondosos y ubérrimos parrales.

Con la rapidez imprimida a nuestro vehículo, cruzamos veloces, por el hermoso valle que denominan «Llano de D. Pedro Martín», cubierto en su amplia superficie, de almendros y olivos, que viven y fructifican merced al esfuerzo perseverante de sus pacientes cultivadores, ya que el terreno es de secano y se debate en perpetua sequedad, con la esperanza de apagar su ardiente sed y verse convertido en fértil regadío, si alguna de las dos galerías abiertas al pie de la ingente sierra que la domina lograra tropezar con la linfa bienhechora, objeto de sus afanes.

Antes de llegar al cortijo que llaman de «La Tomillera», se ofrece a nuestra contemplación el encantador panorama que Berja brinda al viajero: ceñido o aprisionado por el pétreo cinturón de los montes que lo circundan, se extiende el frondoso valle que constituye su fértil vega, como la de Dalías, de parrales espléndidos rebosantes de aureos racimos; una exuberante vegetación se desborda de la extensa planicie, sube, acariciadora, a las faldas y a las laderas de los cerros y los matiza con el tono gris plomizo de sus almendrales y sus olivares; dominando el verdor que predomina en

paisaje tan bello, se destaca, con luminosidad, la nota de blancura que difumina el artístico caserío de la urbe virgitana, semejante a nivea bandada de gaviotas que hubiesen avatido su vuelo, para posarse sobre la verde alfombra del conjunto. Y en último término, como fondo de tan hermoso cuadro y alzándose hasta las nubes, sobre la pequeñez de los virgitanos montes, luce la impoluta blancura de su moruno turbante, el gigantesco Mulhacen, coronado de nieve perpétuas.

Si grata es la impresión que se

experimenta al acercarse a la ciudad, no lo es menos la que ésta produce, con sus hermosas edificaciones, muestra ostensible de su pretérita riqueza, y la alegría de su cielo siempre azul. Y si a esto añadimos que su suelo es plantel de muchachas bonitas, cuya sin par belleza deslumbra al visitante, atrayéndole con el fuerte imán de su gracia y de su simpatía, comprenderá el lector con cuánto disgusto, por los apremios del rápido viaje, ausentaronse tan pronto de la bella ciudad,

LOS DE LA MÁSCARA NEGRA

DESPERTAR

*Iba a salir el sol... Con los fulgores
de su rubia y hermosa cabellera
bañaba en claridad la tierra entera,
ávida de sus rayos cegadores.*

*Cantaban sin cesar los ruiseñores...
Subía y subía la alondra mañanera...
Murmuraba el arroyo en la pradera,
y en sus tallos se erguían todas las flores.*

*Y al fin el sol salió... Disco de fuego,
incendió con su lumbre la alta sierra;
después fué la ladera acariciando...*

*Y no contento así, volcóse luego,
cual ánfora de luz, sobre la tierra,
¡y yo también lo recibí cantando!*

G. Baena Alferez